

ORACIÓN

1. LECTURA DE LA PALABRA: *Carta de San Pablo a los Efesios 1, 3 – 14*

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medios de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en himno de alabanza a su gloria.

Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados, en virtud de la riqueza de gracia que Dios derramó abundantemente sobre nosotros en un alarde de sabiduría e inteligencia. Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. En ese mismo Cristo también nosotros hemos sido elegidos y destinados de antemano, según el designio de quien todo lo hace conforme al deseo de su voluntad. Así nosotros, los que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, seremos un himno de alabanza a su gloria.

Y vosotros también los que acogisteis la palabra de la verdad, que es la buena noticia que os salva, al creer en Cristo habéis sido sellados por él con el Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, para la redención del pueblo de Dios y para ser un himno de alabanza a su gloria.

2. SALMO 8

Antífona: ¡Qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra!

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!*,

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,

le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:

rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.

Señor, dueño nuestro,*
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: ¡Qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra!

3. PADRE NUESTRO

EXPOSICIÓN

Introducción

Bajo el nombre de la actual crisis los entendidos dicen que se esconden cuatro crisis: alimentaria, financiera, energética y económica. Por eso son muchos los que afirman que esta crisis es una crisis global que pone al descubierto los entresijos del sistema neoliberal vigente y el modelo de hombre que defiende. Una cosa es clara: los cristianos no podemos quedarnos al margen de la situación que nos afecta a todos y de forma realmente dramática a los más pobres. El Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Iglesia y el mundo empezaba diciendo:

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

Gaudium et spes 1

La historia está salpicada por gestos que expresan la preocupación de la Iglesia por la dignidad inviolable de toda persona humana y por el desarrollo de los grupos humanos y de los pueblos. La comunidad cristiana es consciente de que su fidelidad a Jesucristo pasa por dar de comer al hambriento y vestir al desnudo (Mt 25,35) y es sabedora de que Dios revela el hombre al hombre (Caritas in veritate 75) y que sólo el hombre conocerá su propia identidad en la medida en que se encuentre con Jesucristo.

«En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

Gaudium et spes 22

La mirada que la Iglesia dirige sobre las causas que hacen sufrir a los hombres no es técnica sino moral.

“La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende «de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados». No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación”.

Caritas in veritate 9

De manera parecida afirman nuestros obispos que la crisis económica que vivimos:

“Tiene que ser abordada, principalmente, desde sus causas y víctimas, y desde un juicio moral que nos permita encontrar el camino adecuado para su solución. No tenemos soluciones técnicas que ofrecer, pero sí entra dentro de nuestro ministerio iluminar con la doctrina social de la Iglesia el grave problema de la crisis, teniendo presente la verdad sobre el hombre, «porque la cuestión social se ha convertido en una cuestión antropológica» (CV 75). Sólo de esta manera podemos afrontar su auténtica solución”

CEE. Declaración ante la crisis moral y económica, 1

En esta crisis no sólo están en riesgo los alimentos, las finanzas, las fuentes de energía... si no el mismo ser humano. Es el ser humano el responsable de este desequilibrio y del padecimiento de millones de hombres. Por eso, dicen nuestros obispos en el documento anteriormente citado, que se hace necesario reconocer que en el origen de esta crisis está, además de la carencia del control de las estructuras financieras y de los mercados, “la pérdida de valores morales, la falta de honradez, la codicia, que es la raíz de todos los males” (Declaración ante la crisis moral y económica, 2). Por tanto, no es indiferente para la superación de la crisis reflexionar sobre el modelo de hombre que nuestra sociedad ha gestado.

Además, forma parte de la misión de la Iglesia preocuparse por “salvar a la persona humana en su unidad y totalidad, con cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad” (Gaudium et spes, 3) En su afán por renovar su identidad y misión en el mundo, la Iglesia esboza también la propia vocación a la que

el hombre es llamado. De esta manera, sabiendo quién es el hombre, intuiremos lo que necesita para su plena realización. Sólo a la luz de la salvación que Cristo nos trae descubrimos a qué estamos llamados y, por consiguiente, quiénes somos, y, por tanto, aquello que necesitamos para nuestro desarrollo integral y solidario.

1. Humanismo cristiano en “*Caritas in veritate*”

A partir de la Revelación, el cristianismo puede, y aun debe, reivindicar una noción propia del hombre, que en muchos aspectos coincidirá con la que ofrezcan la filosofía y las ciencias humanas.

«En todas las culturas se dan singulares y múltiples convergencias éticas, expresiones de una misma naturaleza humana, querida por el Creador, y que la sabiduría ética de la humanidad llama ley natural. La fe cristiana que se encarna en las culturas trascendiéndolas, puede ayudarlas a crecer en la convivencia y en la solidaridad universal, en beneficio del desarrollo comunitario y planetario»

Caritas in veritate 59

De ahí, la necesidad y urgencia de alentar la originalidad y riqueza de la antropología cristiana.

Los problemas antropológicos están continuamente presentes a lo largo de la Encíclica. En su lectura queda puesto de manifiesto que la dignidad de la persona es el fin del desarrollo. Esta centralidad de la persona es tan decisiva para la Iglesia que el papa Benedicto XVI llega a afirmar que “la cuestión social se ha convertido en una cuestión antropológica” (CV 75).

El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*, sobre el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad, apunta hacia el Humanismo cristiano, como la verdadera clave para entender al hombre y sus relaciones y emprender el camino correcto hacia su desarrollo integral y solidario. Dice el Papa:

«Sin Dios el hombre no sabe adonde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Y nos anima: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo» (Mt 28,20). Ante el ingente trabajo que queda por hacer, la fe en la presencia de Dios nos sostiene, junto con los que se unen en su nombre y tra-

bajan por la justicia. Pablo VI nos ha recordado en la *Populorum progressio* que el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. *El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil —en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el ethos—, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento. La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionante compromiso por la justicia, por el desarrollo de los pueblos, entre éxitos y fracasos, y en la tarea constante de dar un recto ordenamiento a las realidades humanas. *El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos*, aun cuando no se realice inmediatamente, aun cuando lo que consigamos nosotros, las autoridades políticas y los agentes económicos, sea siempre menos de lo que anhelamos. Dios nos da la fuerza para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande»

Caritas in veritate 78

En este texto el Papa recoge y resume los rasgos del humanismo cristiano, que ha ido diseminando a lo largo de la encíclica. He aquí alguna de sus afirmaciones:

– “El primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad: Pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social” (CV 25). La persona tiene un valor incondicional. Todo lo demás ha de estar al servicio de su desarrollo integral y solidario.

- “En las iniciativas para el desarrollo debe quedar a salvo el principio de la centralidad de la persona humana, que es quien debe asumir en primer lugar el deber del desarrollo. Lo que interesa principalmente es la mejora de las condiciones de vida de las personas concretas” (CV 47). Apostar por la persona supone reconocer su protagonismo, su responsabilidad y su obligada participación. De tal manera que los recursos naturales y los avances técnicos, los ámbitos culturales y las realidades sociales, las decisiones políticas y los diseños financieros, las cuestiones económicas y las diversas legislaciones, incluso las ayudas prestadas o subvencionadas, lejos de mantener un nivel de dependencia o esclavitud, han servido para promocionar su propia autonomía.

- “El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre” (CV 29). La creación del hombre a imagen de Dios comporta la inviolable dignidad de la persona humana, su grandeza espiritual; y funda su identidad personal en la apertura a la relación con los otros y con Dios. “El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios” (CV 53). El analogado principal de esta relación es la Trinidad.

- Dada la repercusión directa que la actual crisis tiene en la dignidad de las personas trabajadoras, y particularmente emigrantes, el papa afirma que “no pueden ser considerados como una mercancía o una fuerza laboral. Por tanto no deben ser tratados como cualquier otro factor de producción. Todo emigrante es una persona humana que, en cuanto tal, posee derechos fundamentales inalienables que han de ser respetados por todos y en cualquier situación” (CV 62).

- Por eso, “el desarrollo debe abarcar, además de un progreso material, uno espiritual, porque el hombre es uno en cuerpo y alma, nacido del amor creador de Dios y destinado a vivir eternamente. No hay desarrollo pleno ni un bien común universal sin el bien espiritual y moral de las personas, consideradas en su totalidad de alma y cuerpo” (CV 76).

- El desarrollo humano integral exige la búsqueda de la verdad de las cosas y la caridad para con ellas; porque el amor no es una añadidura al saber o un sustituto del conocer, sino que más bien lo exige, lo promueve y lo anima; pues, “no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor” (CV 30). En CV 6 el Papa afirma que *Cáritas in veritate* es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia. González-Carvajal dice que esta Encíclica es un elogio del amor

inteligente. De lo que se deduce que la valoración moral y la investigación científica deben crecer juntas.

- Toda antropología ha de considerar la dimensión religiosa del ser humano, su referencia trascendente. Por tanto, todo desarrollo que pretenda ser humano e integral “exige una visión trascendente de la persona, necesita a Dios: sin Él, o se niega el desarrollo, o se le deja únicamente en manos del hombre, que cede a la presunción de la auto-salvación y termina por promover un desarrollo deshumanizado” (CV 11).

- En definitiva, el hombre encuentra en Cristo su verdadera centralidad y, por eso, “el anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo. Porque la verdad originaria del amor de Dios, que se nos ha dado gratuitamente, es lo que abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres, en el tránsito de condiciones menos humanas a condiciones más humanas” (CV 8).

- Por consiguiente:

«El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es resultado de nuestro esfuerzo sino un don. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los “corazones de piedra” en “corazones de carne” (Ez 36, 26), y hacer así la vida terrena más “divina” y por tanto más digna del hombre»

Caritas in veritate 79

Toda esta enseñanza antropológica, que ha sido recogida de modo más sistemático en el aludido número 78 de la Encíclica, aparece como sugerida en esta sorprendente afirmación del Papa: “Es bueno que las personas se den cuenta de que comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico” (CV 66). Esta alusión a algo tan rutinario y cotidiano le sirve al Papa para recordarnos que nada es indiferente: todo lo que hacemos, decimos u omitimos las personas, por pequeño e insignificante que pueda parecer, expresa y configura una determinada concepción del hombre, y por tanto, una particular visión respecto a Dios.

De forma breve, veamos, pues, algunos aspectos que fundamentan esta nuestra antropología cristiana:

2. Aspectos del humanismo cristiano

2.1. El hombre, creado a imagen de Dios y llamado a ser hijo en el Hijo

Si bien es claro que la Sagrada Escritura no trata de ofrecernos una antropología sistemática, es igualmente evidente que habla del hombre en muchas de sus páginas, comenzando por las primeras.

a) El hombre es criatura de Dios

«Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente y alimenta su anhelo constitutivo de “ser más”. El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre».

Caritas in veritate 29

• El relato de la creación y la caída (Gén 2-3) nos presenta ya al hombre como el centro de la obra creadora de Dios: es formado por sus manos y recibe la vida del propio aliento divino (Gén 2, 7). Para él planta Dios el jardín de Edén y le ordena que ponga nombre a los animales (cf. Gén 2, 9.19-20); le da, por último, una ayuda adecuada, porque no es bueno que el hombre esté solo (cf. Gén 2, 9.20-24). El dominio del hombre sobre las criaturas deriva ciertamente del hecho de su creación a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26-27); igualmente se pone de relieve en estos versículos el carácter social del hombre: el hombre hecho a imagen de Dios es varón y mujer.

Tenemos aquí el núcleo de una profunda antropología: el hombre está llamado a servirse de la creación, dominarla y cuidarla. Es un ser eminentemente social, hecho para estar en comunión con los otros. Pero vivirá solamente si mantiene la relación con Dios, que lo ha creado y le ha comunicado su misma vida, y si es fiel a sus mandatos (cf. Gén 2, 16). Esto quiere decir que la relación con Dios es esencial al hombre y a partir de ella se articulan todas las demás.

La relación del hombre con Dios, aun con la diferencia radical entre Creador y criatura, es determinante. El simple dato de que Dios crea “a su imagen y semejanza”, no sólo cualifica el obrar divino, sino que determina a su vez que el hombre sea distinto de las demás criaturas. El ser humano ha sido creado para existir en relación con Dios, para vivir en comunión con él. Su condición de imagen de Dios hace que la vida humana sea sagrada (cf. Gén 9, 6).

• En el Nuevo Testamento se afirma que la imagen de Dios es Cristo (cf. 2 Cor 4, 4; Col 1, 15; también Heb 1, 2; Flp 2, 6). Esto no significa que se olvide la condición del hombre como creado a imagen y semejanza de Dios; por el contrario, se afirma que el hombre ha sido llamado a convertirse en imagen de Jesús si acepta por la fe la Revelación de Cristo y la salvación que éste le ofrece (cf. 2 Cor 3, 18). El Padre nos ha predestinado a conformarnos según la imagen de su Hijo, para que éste sea primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29). El destino del hombre es, por consiguiente, pasar de ser imagen del primer Adán a serlo del segundo, Cristo.

Es convicción general del Nuevo Testamento que el orden de la creación y el de la salvación se hallan en relación profunda: todo ha sido hecho mediante Cristo y todo camina hacia él (cf. 1 Cor 8, 6; Col 1, 15-20; Ef 1, 3-10; Jn 1, 3.10; Heb 1, 3); Jesús es alfa y omega, principio y fin de todo (Cf. Ap 1, 8; 21,6; 22,13).

En efecto, sólo el Hijo es la imagen de Dios. El hombre no es estrictamente “imagen”, sino que ha sido hecho “según la imagen”.

• De esta manera, el hecho de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios es el comienzo y la base de la respuesta cristiana a los interrogantes sobre el ser y el quehacer del hombre. Según el número 12 de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, esta condición significa ante todo que el hombre es capaz de conocer y amar a su Creador, es decir, que es capaz de entrar en relación personal con Dios. A ello se añade su posición de señorío sobre las criaturas terrenas, de las que se ha de servir para gloria de Dios, y la condición social del ser humano, llamado a existir en la comunión interpersonal. Pero este número 12 ha de leerse juntamente con el número 22, que citamos al comienzo de estas páginas:

«El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que tenía que venir (cf. Rom 5, 14), es decir, Cristo nuestro Señor... No es extraño, por consiguiente, que todas las verdades antes expuestas encuentren en Cristo su fuente y en él alcancen su vértice. El que es imagen de Dios invisible (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado».

Sin embargo, la fe cristiana nos dice que el hombre no ha sido fiel a este designio divino y que desde el principio el pecado ha sido una realidad que ha entorpecido la relación con Dios. Pero Dios, en su fidelidad,

nos ha mantenido siempre su amor y, en Cristo, la semejanza divina deformada ha sido restaurada: "En Él la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida; por eso mismo, también en nosotros ha sido elevada a una dignidad sublime" (*Gaudium et spes*, 22).

Por lo demás, la naturaleza humana, sin duda profundamente afectada por el pecado, no ha quedado con todo corrompida de raíz.

La antropología cristiana afirma que no hay más que una perfección del hombre: la plena conformación con Jesús, que es el hombre perfecto y el gran maestro de humanidad (*Gaudium et spes*, 41).

b) El hombre es hijo en el Hijo, Jesucristo.

Ya en los evangelios leemos que Jesús, que se dirige siempre a Dios con el apelativo de "Padre", enseña a sus discípulos, sin colocarse él nunca en el mismo plano, a hacer lo mismo (cf. Mc 11, 25; Mt 5, 48; 6, 9; 6, 32; Lc 6, 36; 11, 2; etc.). San Pablo nos dirá que ello es posible solamente por el don del Espíritu Santo, enviado a nuestros corazones y que clama en nosotros "Abba, Padre" (Gál 4, 6; cf. Rom 8, 15), en virtud del cual podemos llevar una vida auténticamente filial respecto a Dios y fraterna respecto a los hombres.

La antropología cristiana contempla, por lo tanto, al hombre llamado a participar de la misma vida del Dios trino: en un mismo Espíritu tenemos todos acceso al Padre mediante Cristo (Ef 2, 18); la misma unión entre los discípulos de Cristo, a la que todos los hombres están llamados, es reflejo de la unión de las personas divinas (cf. Jn 17, 21-23).

Efectivamente, Dios se autocomunica libremente en su Hijo y en su Espíritu, y es igualmente don de Dios y nunca mérito del hombre la incorporación personal a la salvación.

La realización plena del hombre consiste en ser criatura de Dios y en ser hijo en el Hijo. La importancia suma que la Iglesia le concede a la dignidad de toda persona humana radica en estos dos aspectos. Defender la dignidad de toda persona humana y anunciar a Jesucristo para que se crea en él es deber de toda la comunidad cristiana, ya que sólo en la medida en que el hombre tome conciencia de su ser creatural y se sienta hijo de Dios puede alcanzar la perfección de su humanidad.

Es, por tanto, el hombre en su integridad el primer valor a salvaguardar de tal forma que para la Iglesia "no hay verdadero desarrollo si no es de todo el hombre y de todos los hombres" (CV 18) ya que "el hombre

es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica y social" (CV 25).

Demos gracias a Dios porque la llamada a alcanzar la plenitud es un don gratuito, inmerecido, nacido de su infinita bondad, lo cual, a su vez, no excluye que tenga que aceptarlo libremente y cooperar con Él.

2.2. El hombre en la unidad de cuerpo y alma

El desarrollo humano ha de ser integral. Ha de afrontar con eficacia el escándalo del hambre en el mundo, la escasez de recursos como el agua, la sanidad, el derecho a un trabajo digno, el reparto de alimentos, el problema energético, el medio ambiente..., pero, además, también la dimensión espiritual del hombre, que es unidad de alma y cuerpo.

Ya el Nuevo Testamento, siguiendo las huellas del Antiguo Testamento, a la par que insiste en la unidad original del ser humano, conoce diversos aspectos del mismo:

El hombre es "cuerpo" por su dimensión material, que lo hace un ser cósmico, inserto en este mundo, solidario con los otros, con una identidad definida en los diferentes estadios de su existencia (cf. 1 Cor 15, 44-49); esta condición corporal del hombre se asocia a veces a lo "carnal", que con frecuencia adquiere un sentido negativo, ya que indica la debilidad del hombre (cf. Mc 14, 38; Mt 26, 41), o incluso, especialmente en Pablo, su existencia bajo el dominio del pecado (cf. Rom 6, 19; 8, 3-9; Gál 5, 13.16-17).

El hombre es también "psique", vida, alma; es sujeto de sentimientos (cf. Mc 3,4; 8,35; Mt 20,28; 26,38; Col 3,23).

Por último, el hombre tiene también la "capacidad de lo divino", está en relación con Dios; todo ello se expresa con el término "espíritu", que indica tanto la vida de Dios comunicada al hombre y principio de vida para él como el hombre mismo en cuanto movido por el Espíritu Santo; se opone con frecuencia a la "carne" en cuanto débil o sometida al pecado (cf. Mc 14, 38; Jn 3, 6; Rom 8, 2-4.6.10.15-16; Gál 5, 16-18.22-25).

No hay duda de que el Nuevo Testamento en su conjunto nos muestra al hombre como un ser a la vez mundano y trascendente a este mundo, capaz de relación con Dios. Es lo que a lo largo de la historia, partiendo ya de los primeros siglos cristianos, se ha expresado con la idea del hombre como formado de alma y cuerpo, y que ha recogido el concilio en *Gaudium et spes* 14.

Existe una unidad sustancial originaria del hom-

bre que abraza estos dos aspectos, de tal manera que ninguno de los dos separado del otro sería hombre o persona. No hay, por consiguiente, alma sin cuerpo ni cuerpo sin alma. Nuestro psiquismo y nuestra corporalidad se condicionan mutuamente. Por ser cuerpo nos hallamos sometidos a la espacio-temporalidad estamos unidos a los demás hombres, somos finitos y mortales; por ser alma trascendemos el mundo, y estamos llamados a la inmortalidad.

Si hemos hecho este breve recorrido es para situar lo que el Papa Benedicto XVI dice:

«La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal. El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios».

Caritas in veritate 53

El auténtico desarrollo debe tener en cuenta la dimensión espiritual de todo ser humano.

A muchos puede parecerles extraño que el Papa haga referencia en una encíclica social a la unidad de cuerpo y alma y, sin embargo, las consecuencias que de ello se deducen son importantes. Por su interés, transcribamos la siguiente cita:

«El problema del desarrollo está estrechamente relacionado con el concepto que tengamos del alma del hombre, ya que nuestro yo se ve reducido muchas veces a la psique, y la salud del alma se confunde con el bienestar emotivo. Estas reducciones tienen su origen en una profunda incompreensión de lo que es la vida espiritual y llevan a ignorar que el desarrollo del hombre y de los pueblos depende también de las soluciones que se dan a los problemas de carácter espiritual. El desarrollo debe abarcar, además de un progreso material, uno espiritual, porque el hombre es “uno en cuerpo y alma”, nacido del amor creador de Dios y destinado a vivir eternamente. El ser humano se desarrolla cuando crece espiritualmente, cuando su alma se conoce a sí misma y la verdad que Dios ha impreso germinalmente en ella, cuando dialoga consigo mismo y con su Creador. Lejos de Dios, el hombre está inquieto y se hace frágil. La alienación social y psicológica, y las numerosas neurosis que caracterizan las sociedades opulentas, remiten también a este tipo de causas espirituales. Una sociedad del bienestar, materialmente desarrollada, pero que

oprime el alma, no está en sí misma bien orientada hacia un auténtico desarrollo. Las nuevas formas de esclavitud, como la droga, y la desesperación en la que caen tantas personas, tienen una explicación no sólo sociológica o psicológica, sino esencialmente espiritual. El vacío en que el alma se siente abandonada, contando incluso con numerosas terapias para el cuerpo y para la psique, hace sufrir. *No hay desarrollo pleno ni un bien común universal sin el bien espiritual y moral de las personas, consideradas en su totalidad de alma y cuerpo»*

Caritas in veritate 76

2.3. El hombre, ser personal abierto a la Trascendencia

1. El ser humano no es un objeto más en el mundo; es un sujeto irrepitible. El pensamiento cristiano ha desarrollado la noción de “persona” para expresar este carácter del hombre, que lo hace radicalmente distinto de todos los seres que le rodean y que le confiere una dignidad y un valor en sí mismo, no en función de lo que hace o de la utilidad que reporta a los demás.

El concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes* 24, señala que el hombre es la única criatura terrestre que Dios ha amado por sí misma. Por eso que el desarrollo y progreso del hombre exigen una visión trascendente de la persona.

El sentido del valor y la dignidad de la persona, ampliamente reconocido en nuestros días aun fuera del ámbito cristiano, adquiere a partir de la visión cristiana del hombre su última fundamentación: el hombre tiene un valor absoluto para el hombre porque lo tiene para Dios, que lo ama en su Hijo Jesús y lo llama a la comunión con él. Esta fundamentación del hombre debe ser tenida en cuenta por el desarrollo humano integral, de tal forma, que “este el desarrollo exige, además, una visión trascendente de la persona, necesita a Dios: sin Él, o se niega el desarrollo, o se le deja únicamente en manos del hombre, que cede a la presunción de la auto-salvación y termina por promover un desarrollo des-humanizado” (CV 11).

2. A la condición del hombre persona y sujeto irrepitible va unida necesariamente su libertad. Ésta no significa sólo, aunque incluya necesariamente este aspecto, la posibilidad de elegir entre diversos bienes o posibilidades concretas, sino que es ante todo la capacidad de configurarse a sí mismo de acuerdo con las propias opciones y la responsabilidad de colaborar para que el desarrollo sea realmente humano.

«El desarrollo humano integral supone la libertad responsable de la persona y los pueblos: ninguna estructura puede garantizar dicho desarrollo desde fuera y por encima de la responsabilidad humana. Los “mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones” basan siempre sus propias propuestas en la negación de la dimensión trascendente del desarrollo, seguros de tenerlo todo a su disposición. Esta falsa seguridad se convierte en debilidad, porque comporta el sometimiento del hombre, reducido a un medio para el desarrollo, mientras que la humildad de quien acoge una vocación se transforma en verdadera autonomía, porque hace libre a la persona»

Caritas in veritate 17

3. Pero también es verdad que el hombre mal utiliza su libertad creyéndose “dios” y, por tanto, no necesita de referente alguno fuera de él mismo. Nos recuerda el Papa que:

«A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede – por decirlo con una expresión creyente – del pecado de los orígenes. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: “Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres”».

Caritas in veritate 34

4. El hombre, como ser personal y libre, se halla necesariamente abierto a Dios, al mundo y los demás. Frente a ellos ejerce su libertad y en este mismo ejercicio puede experimentar su propia trascendencia. El hombre necesita referirse a Dios porque está hecho a su imagen y semejanza, él es su origen y meta. Como dice S. Agustín, “Señor nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti”. El hombre necesita del mundo que le rodea para su propia subsistencia. Pero en esta misma relación de dependencia frente al mundo se abre el sentido de su trascendencia a él: efectivamente, el hombre tiene capacidad de transformar la realidad que lo circunda. Con su esfuerzo creativo, el hombre proporciona en la naturaleza posibilidades nuevas que de otro modo nunca se hubieran alcanzado. Estas posibilidades de la naturaleza se convierten a su vez en posibilidades nuevas para el

hombre mismo, para su libertad. Sin embargo, sólo en el otro ser humano encuentra el hombre la “ayuda adecuada”, según la vieja sabiduría bíblica. Sólo el hombre es digno del hombre. Únicamente en el ejercicio de sus dimensiones sociales, y en particular con la comunión y donación interpersonal, puede el hombre ser él mismo. De ahí que la libertad alcance sólo su plenitud en la opción por el bien; cristianamente hablando, ello significa dejarse liberar por el Espíritu, romper las ataduras del pecado y el egoísmo para vivir en la libertad de los hijos de Dios, que es la de Jesús, que se entrega hasta la muerte por amor a los hombres.

2.4. Constructor de fraternidad universal

Desde el humanismo cristiano, la persona es constructora de fraternidad universal. Su preocupación por el desarrollo de las personas y de los pueblos no queda limitada ni por las fronteras, raza, cultura, ideología o religión. Dice *Caritas in veritate* que “el tema del desarrollo de los pueblos coincide con el de la inclusión de todas las personas y pueblos en la comunidad única de la familia humana, la cual se forma solidariamente sobre la base de los valores fundamentales de la justicia y la paz” (CV 54).

Es tan fuerte la convicción de que todos los hombres formamos una sólo familia, que el Papa aboga por una autoridad internacional.

«Para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera Autoridad política mundial»

Caritas in veritate 67

Esta conciencia de fraternidad universal supone:

a) La convicción de que la creación es una regalo de Dios para todos los hombres. Hay que vencer el egoísmo. Éste no es una realidad abstracta sino bien concreta y con repercusiones concretas. No podemos olvidar que una de las raíces de la actual crisis económica y financiera es la avaricia.

b) El interés por el bien común. Éste adquiere carácter universal porque nace del amor de Dios.

«Hay que tener en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y tra-

bajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese "todos nosotros", formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz. *Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad.* Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como *pólis*, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*»

Caritas in veritate 7

c) Unas relaciones humanas basadas no sólo en la justicia sino también en la misericordia y en la gratuidad. El Papa ha querido en esta última Encíclica hacernos ver que los deberes que nacen de la justicia son como el primer escalón del desarrollo, pero para acceder a un nivel superior tenemos que practicar el amor. La justicia no es independiente del amor, es su primera manifestación. O como dice el papa, "su medida mínima". «La "ciudad del hombre" no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión» (CV 6).

Conclusión

«Sin Dios el hombre no sabe adonde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5). Y nos anima: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo"».

Caritas in veritate 78

Ciertamente, la referencia cristológica es la piedra angular que sostiene y da sentido al hombre y a sus relaciones humanas y mundanas. Jesucristo es la clave, y la llave.

«Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época»

Gaudium et spes 10

Para la reflexión y el diálogo

Narración: “Reconstruir el hombre”

Un padre estaba siendo continuamente molestado por su hijo. Para distraerlo, y que lo dejara en paz, coge de un viejo Atlas una página donde se encuentra el mapa de todo el mundo: con los estados, ciudades, a escala reducida. Lo parte en pequeños trocitos y se lo entrega al hijo para que componga aquel puzzle improvisado. “Le llevará mucho tiempo”, piensa el padre. Pero en pocos minutos, el niño vuelve con el mundo colocado. – “¿Cómo has sido capaz de realizarlo tan deprisa?” –pregunta asombrado el padre-. “Muy fácil, papá: en el reverso estaba dibujado un hombre. He reconstruido primero aquel hombre y el mundo se ha ido articulando por sí mismo”.

Preguntas:

1. ¿Qué resaltarías de la exposición?
2. ¿Qué amenaza el humanismo cristiano? ¿La autosuficiencia, la cerrazón egoísta, la codicia?

El Papa señala, en *Caritas in veritate* 34 y 68:

«A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede – por decirlo con una expresión creyente – del *pecado de los orígenes*. [...] Hace tiempo que la economía forma parte del conjunto de los ámbitos en que se manifiestan los efectos perniciosos del pecado. Nuestros días nos ofrecen una prueba evidente. Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social. Además, la exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a “injerencias” de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva. Con el pasar del tiempo, estas posturas han desembocado en sistemas económicos, sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían»

«El desarrollo de la persona se degrada cuando ésta pretende ser la única creadora de sí misma. De modo análogo, también el desarrollo de los pueblos se degrada cuando la humanidad piensa que puede recrearse utilizando los “prodigios” de la tecnología. Lo mismo ocurre con el desarrollo económico, que se manifiesta ficticio y dañino cuando se apoya en los «prodigios» de las finanzas para sostener un crecimiento antinatural y consumista»

3. ¿Qué significa la afirmación de Benedicto XVI, en *Caritas in veritate* 75: “La cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica”?